

*Entre la frontera y la red, apuntes para una metapsicología de la libertad

**Sonia Abadi

“Cada vez estoy más convencido de una inteligencia colectiva, de la cual quien firma no es sino el más osado, o quien está más cerca de convertir su deseo en letra.”

Alejandro Piscitelli (2002), *Ciberculturas 2.0*

Científicos, intelectuales, artesanos, quizá el lugar de los psicoanalistas sea inevitablemente algún tipo de frontera. Si esto es así, antes de preguntar acerca de qué fronteras, cabe encontrar respuesta a una primera pregunta: ¿en calidad de qué? ¿Conquistadores, cartógrafos, policía de migraciones... o quizá contrabandistas?

Lugar de tráfico e intercambio, foro romano, ágora griega, bazar persa, oasis en el cruce de las caravanas, Internet será el primer ámbito que acogerá el acercamiento entre psicoanalistas.

¿Demasiado virtual para mi gusto? El antídoto es evocar los encuentros con las personas reales, las polémicas apasionadas con los otros y sus textos, las complicidades de cafés y pasillos, donde se comparten perplejidades y atrevidas hipótesis.

Rara vez me encontré con afinidades teóricas que no fueran acompañadas por otras más profundas y vitales. Confesiones de crisis existenciales o vocacionales. Humor, juego, indignación compartida. Confidencias acerca de pasiones más o menos clandestinas: el cine, la escultura, el golf. O el baile, los perros, la cocina.

¿Cómo mantener la vivacidad de un diálogo cuando el interlocutor está ausente, lejano en el espacio y el tiempo? Cuando se debe exponer la palabra inerme y sin voz, letra sin música para ser leída y no hablada.

Retornan ecos de trayectos compartidos con personas y textos. Psicoanalistas de todo el mundo, estudiantes de la universidad, personajes públicos y hombres comunes. Poetas y escritores de diferentes horizontes, pensadores clásicos y actuales. Recorriendo mis propias fronteras recuperaré a algunos viejos amigos y en ellos sólo repasé los subrayados. A otros acabo de descubrirlos.

Claro que un texto psicoanalítico sólo puede pensarse como diálogo, en la intersección de un pensamiento con otro, en esa frontera móvil donde las ideas se rasgan, se invaden, se acoplan. Detectando concavidades y convexidades, desfiladeros sombríos, continuidades posibles, límites ambiguos, provocaciones y guiños cómplices.

Y sin embargo es esencial evitar las afinidades forzadas y abandonar las posiciones tibias y grises, para salir al paso del cuestionamiento y la confrontación. Es muy posible que en un año algunas de mis ideas hayan cambiado, eso espero. Aun así prefiero hacer aseveraciones fuertes con un diseño personal y no un trabajo complaciente a la medida de todos los talles y modelos teóricos. Y, paradójicamente, preservar cierta ambigüedad, sabiendo que cada esfuerzo de sistematización o formalización, sin duda necesarios e inevitables, va en el sentido inverso al que pretendo recorrer.

Me dispongo a renunciar a decir muchas cosas. Ésta es nada más que la crónica de un vagabundeo, que sólo *après-coup* cobra sentido de itinerario, atravesado por mis experiencias como analista y de las otras.

Intersecciones en la trama, nudos en la “web”, apenas la elección de algunos términos o la insistencia sobre ciertos temas marcan mi modo de ir llamando la atención sobre lo que pienso.

Fronteras y redes mundiales, feudos científicos, los paradigmas psicoanalíticos, la clínica de la nueva subjetividad, psicoanalistas sin fronteras...

Cada subtítulo es un puerto de entrada, de llegada o de partida por donde diferentes conceptos y relaciones, ideas propias y prestadas, se enhebran en algún improbable ordenamiento.

I. Fin de las fronteras, imperio de la red

“He aquí, a mi entender, la cuestión decisiva para el destino de la especie humana: si su desarrollo cultural logrará, y en caso afirmativo en qué medida, dominar la perturbación de la convivencia que proviene de la humana pulsión de agresión y de autoaniquilamiento [...] Y ahora cabe esperar que el otro de los dos ‘poderes celestiales’, el Eros eterno, haga un esfuerzo para afianzarse en la lucha contra su enemigo igualmente inmortal. ¿Pero quién puede prever el desenlace?”

Sigmund Freud (1930), *El malestar en la cultura*.

En estos días en que termino de redactar mis notas, una nueva crisis mundial nos remite a aquella que en el año '30 apremió a Freud a escribir *El malestar en la cultura*. Hoy el drama se despliega en las fronteras.

En varios países de América Latina, regímenes corruptos perpetúan el caos económico y la violencia social. En las grandes capitales, los barrios cerrados parcelan la vida de la ciudad, resguardando a los de adentro que tienen miedo de los de afuera que tienen hambre.

La caída de las Torres Gemelas evoca aquel derrumbe de la bolsa de Nueva York que dejó al país devastado no sólo económica sino moralmente. Los Estados Unidos, con exacerbado fervor patriótico, vigilan sus fronteras de la amenaza del terrorismo.

La Unión Europea, ante el avance de las ideologías de derecha, define políticas restrictivas para la inmigración y la integración. Resurgen términos de connotaciones inquietantes como “exiliados”, “centros de refugiados”, “deportación”. Sin embargo, a pesar de las restricciones y variadas formas de segregación, las corrientes migratorias de sur a norte y de oriente a occidente, revierten a las antiguas corrientes de conquista y colonización. Alguna vez se iniciaron en busca de libertad y justicia, luego de formación científica o técnica, hoy de oportunidades laborales o simplemente de la posibilidad de sobrevivir.

También la historia del psicoanálisis está atravesada por migraciones, cambios de lengua y adaptación a nuevas culturas.

Desde la Segunda Guerra Mundial, los científicos europeos se desplazan hacia los Estados Unidos, los del este de Europa hacia Occidente. En los años siguientes, psicoanalistas del sur irán a formarse al norte. En América Latina, dictaduras militares generan más migraciones en la década del '70. Algunos regresarán en los últimos años al amparo de renacientes e inestables democracias. Luego de la caída del Muro de Berlín se flexibilizan los límites con los países del Este Europeo.

A lo largo de la historia, el psicoanálisis ha trabajado en las fronteras de la represión, en cada uno de sus sentidos o significados. Y se vio enfrentado a otros modos de entender la subjetividad, y desafiado a evaluar e interpretar formas inéditas de presentación de lo traumático.

Caen y se disuelven viejas fronteras y aparecen bajo nuevas fachadas. De las restricciones a la inmigración, a la discriminación interna, de la globalización económica a la exclusión social.

La estructura de la sociedad con perímetros claros y definidos dejaba en los márgenes a los que no aceptaban las leyes o no accedían a lugares considerados dignos. Hoy, quebradas las configuraciones limitantes y continentes, lo marginal invade e infiltra todo el tejido social dando como resultado la figura de la corrupción.

Y su reflejo en las nuevas constelaciones de la subjetividad. De las estructuras rígidas y formales del sí mismo sostenidas por la crianza y educación represivas, a la aparente plasticidad, aunque frecuentemente tabicada por escisiones múltiples.

Hay redes mundiales que atraviesan fronteras geográficas, políticas y culturales: el arte, los descubrimientos científicos o tecnológicos, y cada vez más Internet y las comunicaciones en general. Pero también el narcotráfico, el tráfico de armas, de divisas, de poder, de mujeres, de niños, de órganos. Y la instrumentación maligna de la globalización.

Pareciera que allí donde era la frontera hoy es la red. En su aspecto luminoso es trama simbolizante y continente que modula, diversifica y expande. En su aspecto ominoso es dislocación, desintegración y degradación.

II. Contigüidades y entrelazamientos: las otras disciplinas

“Así el debate entre el determinismo y la indeterminación, el orden y el caos, el azar y la necesidad, sigue siendo el misterio central del conocimiento contemporáneo.”

Guy Sorman (1989), *Los verdaderos pensadores del siglo XX*.

Tradicionalmente las fronteras del psicoanálisis han sido las disciplinas humanísticas, las ciencias de la salud y las otras psicologías. Compartiendo medianeras con la filosofía, la historia, la sociología y la antropología. Extendiendo su área de influencia sobre la pedagogía, la puericultura, la moral sexual y la ética. Disputando límites con la medicina y la farmacología.

Claro que el psicoanálisis se aparta tanto de las ciencias naturales como de las ciencias sociales, ya que sólo se ocupa de lo único e irrepetible y no de establecer leyes de aplicación universal.

Lo irreductible del cuerpo, la finitud, la herencia, la genética, pertenecen al campo de la biología. Aunque el psicoanálisis siempre tendrá algo para decir del entrelazado significativo y significativo con lo psíquico.

Con las ciencias sociales la circulación de modelos y contenidos ha sido mayor. El estudio de la psicología de las masas, la mirada original sobre la realidad y la interpretación de hechos y personajes, han sido zonas de fecundos intercambios.

Hoy se nos instalan vecinos más inquietantes: los modos de vida, las ciencias de la comunicación, la tecnología, la manipulación genética, el discurso político o económico, las nuevas formas de la religiosidad.

Estas contigüidades y entrelazamientos hacen indispensable establecer un contrato honesto con la epistemología.

El psicoanálisis nace dentro del divorcio entre las ciencias exactas y las ciencias humanas y se siente apremiado a identificarse allí. Sin embargo, el concepto de ciencias duras ha perdido vigencia; son los paradigmas los que han cambiado y esa frontera ya no es tal. El azar, lo aleatorio, las nuevas teorías del caos (Prigogine, 1998), el principio de incertidumbre, el reconocimiento de los efectos del observador sobre su objeto de estudio, dan cuenta de un modelo en el que el positivismo y el determinismo pierden terreno. Podríamos encontrarnos

como aquel soldado aislado en la selva años después de una guerra que ya terminó, luchando una batalla solitaria que ha perdido todo sentido.

El concepto de pensamiento complejo (Morin, 1994), que reconoce y establece lazos y relaciones de implicación y retroalimentación con lo distante y lo diferente, lo mediato y lo inmediato, y dando cabida al azar, es quizá uno de los que más ha enriquecido el pensamiento contemporáneo.

Este modelo aspira a un conocimiento multidimensional, que no pretende abarcarlo ni integrarlo todo, ya que lleva implícitas la incompletud y la incertidumbre inscritas tanto en los fenómenos como en los alcances de la comprensión. Alerta contra la simplificación, la generalización, la reducción y la disociación; todas formas de la ceguera, el prejuicio y la desintegración. Más allá de una epistemología, la de Morin es una ética de la libertad, en la misma dirección en que lo es el psicoanálisis.

Sin embargo, es en el campo de las artes donde el psicoanálisis ha encontrado su inspiración y parte de su método. Trascendiendo su aplicación a la comprensión de una obra o la biografía de un artista, se trata de lo que el arte nos enseña acerca de los orígenes y mecanismos de la creatividad, en su indeclinable entramado con la salud psíquica, la subjetividad y el vivir.

Y es precisamente el psicoanálisis el que, en el ámbito del pensamiento científico, subvierte la escisión radical entre el sujeto y su objeto de observación, a través de los conceptos de transferencia y contratransferencia. Es así como revela las determinaciones históricas e inconscientes en la disposición individual para conocer, inaugurando una teoría revolucionaria del conocimiento en la que el límite estará dado por los puntos ciegos del observador.

Trascendiendo sin duda las expectativas del mismo Freud, esta perspectiva resultará precursora de los cambios en los paradigmas de otras disciplinas, en los que cada vez más se reconocerá la red de implicaciones e intrincaciones del sujeto con su objeto de estudio.

La originalidad de Freud y sus seguidores radica en hacer de esa limitación una herramienta técnica al servicio de otra categoría epistemológica: la atención flotante como forma privilegiada de conocimiento. Establece que hay en la subjetividad una verdad que resiste a toda ley general, aun a las del propio psicoanálisis. Irreducible a cualquier fórmula o formulación, sólo se deja conocer tangencialmente a través de la empatía o la intuición.

Aquí comienza a vislumbrarse un paradigma de la red, en la misma dirección en que se orienta actualmente una intensa corriente que atraviesa variados campos del pensamiento. El paradigma red no es una estructura globalizante que neutraliza lo diferente, sino una integración basada en el mantenimiento de lo plural y sus transformaciones. La complejidad, desde esta perspectiva, es una alternativa a las mutilaciones y reduccionismos que caracterizaron al pensamiento científico clásico.

III. Frontera y red, dos paradigmas psicoanalíticos

“Cierta es que repetidas veces en el transcurso de este siglo y de manera siempre inesperada, el sistema de pensamiento serio fue agredido y trastornado por estallidos lúdicos: el dadaísmo, el surrealismo, el freudismo [...] ¿Habrá que admitir que existe una región en que el hombre dispone libremente de sí mismo, en que se anticipa por amplio margen a lo que aún no es? [...] abre una brecha en la continuidad real de un mundo establecido y desemboca en el campo vasto de las combinaciones posibles o en todo caso distintas de la configuración sugerida por el orden común.”

Jean Duvignaud (1982), *El juego del juego*.

Represión que separa inconsciente y preconscious, barrera anti-estímulos frenando la invasión del mundo externo, demarcación en espacios o instancias, el concepto de frontera atraviesa todo el psicoanálisis. Dualismo pulsional y conflicto evocan diferentes contiendas, en las cuales la defensa más radical detenta el poder de fracturar al yo.

En Freud, el paradigma frontera generó dos tópicos que dieron lugar a dos versiones de la cura: “hacer consciente lo inconsciente” y “donde era el ello deberá advenir el yo”. Discurso de explorador la primera, de colonizador la segunda, supremacía de la razón sobre lo irracional, del orden sobre el caos.

Identificación, proyección, identificación proyectiva, son los términos en los que la teoría kleiniana insistirá sobre la precariedad de las fronteras del yo (Klein, 1946, 1952). Barrera de contacto, pantalla de elementos beta, serán los aportes de Bion para examinar y calificar la consistencia de los muros del aparato psíquico (Bion, 1962). Forclusión en la teoría lacaniana alude al destierro de un significante fundamental fuera del universo simbólico (Lacan, 1956). Acerca de la articulación de estos modelos teóricos me he referido anteriormente en un texto creado para enseñar el psicoanálisis en la universidad (Abadi, 1997).

Por su parte, las etapas de la libido serán un intento de delimitar fronteras temporales, señalando al sujeto como producto de una historia generadora de sentido. Fijación y regresión, recuerdo y repetición, siguen siendo tributarios del paradigma frontera.

La noción de encuadre como continente del tratamiento, la psicopatología con los términos *borderline* y *fronterizo*, convocan también a un razonamiento de fronteras. Desde esta perspectiva, la patología severa se halla expresada en la idea de una coraza rígida cuya existencia y consistencia tienen función de estructura restitutiva ante la falta de una textura significativa. Y cuya ruptura puede llevar al desorden y la fragmentación.

A partir del paradigma frontera sólo puede pensarse en términos de división y confrontación de dos espacios o tiempos inconciliables: dentro o fuera, antes o después. En este supuesto está implícita la noción de un ser con fronteras fijas y una identidad consumada en la infancia, condenado por su pasado a un destino irrevocable. Nos hallamos aún en pleno determinismo.

Es indudable que el paradigma frontera ha sido relativizado, flexibilizado y atravesado en diferentes esquemas referenciales.

Freud nuevamente (1914), y después Kohut (1971) y Kernberg (1995) entre otros, mostrarán lo relativo de la división narcisismo-relación de objeto, a través del reconocimiento de los vínculos narcisistas.

Winnicott (1953) con las nociones de espacio y fenómenos transicionales, intentará dar cuenta de otro tipo de frontera que trasciende las nociones clásicas de sujeto y objeto. Allí no hay límite duro, sino una vasta zona de potencialidad simbolizante.

Los casos *fronterizos*, en una concepción dinámica, son los aportes de André Green a este modelo. Pero también la doble frontera y los procesos terciarios, que ya remiten al paradigma de la red (Green, 1990, 1995).

A lo largo de las diferentes teorías, la marca del otro, con más o menos mayúsculas en hipótesis más descarnadas u otras que le atribuyen rasgos humanos, detendrá una eficacia fundante para el sujeto. El *quantum* pulsional, según una escala inefable pero míticamente eficaz, también. Modulando lo constitucional y el entorno, el contrapunto entre pulsión y trauma aparece como origen de la subjetividad, dando lugar a una variedad de combinatorias posibles. Opciones ilusorias de un determinismo moderado que no hace más que multiplicar caminos ya trazados. Aún falta la irrupción del genio y el azar para dar lugar a lo impredecible de lo humano.

Cada vez más, se comienza a perfilar la idea de un ser potencial, virtualmente inconmensurable. Es así que en la clínica aparecen modelos que hablan de crisis y rupturas, de

desentrañar los anudamientos de origen traumático, disolver las escisiones, restablecer la continuidad de la existencia (Kaës *et al.*, 1979).

Ya no se trata simplemente de la flexibilización del concepto de frontera, sino del ingreso en el paradigma red, verdadero viraje epistemológico que aparece en diversas disciplinas a lo largo de los últimos años, si bien es precisamente en la teoría freudiana que este paradigma ha estado implícito desde los comienzos, en armonía o discordancia con el de frontera.

IV. La matriz de la red: asociación libre, atención flotante, empatía, intuición

“La ciencia no me interesa. Me parece presuntuosa, analítica y superficial. Ignora el sueño, el azar, la risa, el sentimiento y la contradicción, cosas todas que me son indispensables.”

Luis Buñuel (1982), *Mi último suspiro*.

El psicoanálisis freudiano irrumpe como legitimación de una trama secreta que subtiende al pensamiento formal, con el concepto de inconsciente y los de asociación libre y atención flotante. Razón e intuición, ciencia y arte dejan de ser compartimientos estancos, al disolverse la escisión entre dos campos de conocimiento. Su originalidad estriba en haberse adelantado a su tiempo develando y a la vez creando el paradigma de la red.

Condensación, desplazamiento, transferencia y contratransferencia, pertenecen a este modelo. Y la técnica de interpretación de los sueños y los síntomas. También una versión de la cura que habla de desligar y liberar: deshacer los falsos enlaces entre afectos y representaciones, analizar la transferencia.

El inconsciente, sus leyes, el proceso primario serán así origen y reverso de toda red. Sistema de relaciones de propagación infinita y combinatorias ilimitadas, signadas por la libertad de asociación, la simultaneidad y la aespacialidad. Allí todo es presente y virtual, los opuestos coexisten, la comunicación fluye entre lo interno y la exterioridad, la conciencia se expande.

Atención flotante, simpatía (Ferenczi, 1926), *rêverie* (Bion, 1962), estado de no integración (Winnicott, 1962), empatía (Kohut, 1971), son los modos en que diferentes autores recrean códigos y claves para “navegar” por la red, y que son a la vez instrumentos para tejlarla. Operaciones psíquicas que en cada conceptualización definen simultáneamente un recurso técnico utilizado en la terapia psicoanalítica y ciertas condiciones del entorno temprano aptas para favorecer la estructuración del psiquismo.

En la clínica, la apelación a la asociación libre persigue el objetivo de aflojar la trama psíquica, para favorecer la disolución de los falsos enlaces. En esta versión, la cura consiste en liberar las representaciones y los afectos de su anudamiento característico, el síntoma neurótico. Así las cadenas asociativas que quedaron cautivas podrán recuperar su disponibilidad y ser utilizadas en nuevos pensamientos y experiencias originales.

Este modelo apunta también a la disolución de las consolidaciones caracterológicas defensivas, residuos de lo traumático, recuperando la plasticidad y mutabilidad de lo psíquico.

En el encuentro asociación libre-atención flotante se genera el campo analítico, respaldado por el contrapunto transferencia-contratransferencia.

La noción de campo como red de alternativas entre paciente y analista, y su anudamiento resistencial, el baluarte, han sido extensamente desarrollados por Willy y Madeleine Baranger (1969).

El trabajo psíquico del analista se hallaría en una particular modulación entre el proceso primario y el proceso secundario, en un movimiento dialógico que Piera Aulagnier (1984) denominó “teorización flotante”.

El psicoanálisis descubre, legitima y promueve el funcionamiento intuitivo en sus diferentes denominaciones, como forma inmediata de aprehensión de lo psíquico, al no descalificarlo como un residuo marginal del pensamiento lógico, ni adherir a una concepción inefable o mística que trascienda las fronteras de lo cognoscible. Lo novedoso es que lo reconoce como una estructura de comunicación en red por derecho propio y un modo de observación y conocimiento privilegiados.

V. Un efecto de la hiperrealidad: el psiquismo centrifugado

“Por un lado, la época fuera del deber liquida la cultura autoritaria y puritana tradicional; por el otro, engendra nuevos imperativos (juventud, salud, esbeltez, forma, ocios, sexo) de autoconstrucción de uno mismo, sin duda personalizados, pero creadores de un estado de hipermovilización, estrés y reciclaje permanente.”

Gilles Lipovetsky (1992), *El crepúsculo del deber*.

Omnipresencia de la información, imperativos mediáticos, violencia cotidiana. En un nuevo estilo de subjetividad, característico de la sociedad de la comunicación y el consumo, el sujeto siente como principal objetivo la necesidad de frenar cantidades. Enfermo de hiperrealidad, urgido a vigilar sus fronteras, evoca la imagen de un *self* centrifugado hacia sus bordes y vacío en el centro, arrinconado a una modalidad de rasgos fronterizos aun si ésta es transitoria, defensiva y funcional.

El efecto del uso abusivo de la escisión como defensa de la frontera será la dificultad para construir la galería de representaciones y objetos que sirven para poblar el mundo interno. El espacio intrapsíquico así desolado es incapaz de absorber y ligar los impulsos, que son expulsados hacia la acción, representada con frecuencia en el estilo de vida actual por el consumo compulsivo, versión apenas metafórica del robo y el saqueo. O el robo y el saqueo a secas, sin ninguna metáfora, en los márgenes del sistema, cuando faltan los recursos materiales y las redes socioculturales.

Bajo el apremio de la hiperrealidad, las patologías parecen constituirse “a contramano” de las neurosis. O, en todo caso, en una contracorriente que enfrenta o refuerza a la de la formación de síntomas.

La imagen, como nueva versión de la subjetividad, origina trastornos en la mentalización del cuerpo y diferentes modalidades de patología somática. En la frontera psique/soma es el cuerpo el que se adueña de lo psíquico y lo distorsiona. En una suerte de hipocondría crónica la imagen corporal invade y parasita la psique. El sentido de la conversión se ha invertido. El cuerpo vacío y mudo, incapaz de hacer oír su necesidad o su sufrimiento, ni de hacerse eco de los deseos y las fantasías reprimidos, sólo logra su reinvestidura a través de la imagen. Ante las vivencias de desintegración, el hecho de ocuparse compulsivamente de lo estético opera a la manera de una restitución, en el mismo sentido en que lo es el delirio.

En el área del pensamiento, en vez del síntoma obsesivo cargado de significación, aparece un pensamiento despojado de su función metafórica, pensamiento que se libera del afecto, apenas operatorio.

Pierre Marty y Michel de M’Uzan, en un texto ya clásico (Marty y De M’Uzan, 1983), se detienen en el diagnóstico diferencial entre el trastorno grave caracterizado por el pensamiento operatorio y la neurosis agravada por las condiciones del medio. Afirman que existen formas de

pensamiento operatorio (carente de simbolización) en personas neuróticas expuestas a elevadas exigencias de adaptación por una presión externa y actual, ya que el sujeto, condenado a recurrir casi exclusivamente a esta modalidad de funcionamiento automático, pierde la capacidad de elaborar y fantasear, y de cualquier expresión creativa y liberadora.

Las fobias clásicas por proyección han dejado lugar a los llamados ataques de pánico, por intrusión de la exterioridad, que lleva a vivencias de despersonalización. En un círculo infernal, la disociación opera como una defensa de alto costo que impide al sujeto la construcción de la trama psíquica necesaria para absorber y neutralizar las nuevas experiencias.

Enfermedades de la represión y enfermedades de la escisión. Patología de fronteras que nos pone entre la espada y la pared, o fronteras del psicoanálisis que se amplían permitiendo desentrañar las causas del sufrimiento en la propia materia de los muros psíquicos.

Aquello que se inicia con Freud (1914) a partir de la introducción de las enfermedades no neuróticas permite añadir a la problemática del conflicto, las estructuras narcisistas, los trastornos en el yo, la patología de los bordes, que actualmente son el objeto privilegiado de nuevas teorizaciones.

Motivos de consulta tan otros nos convocan a una clínica diferente: actuaciones compulsivas, depresión, trastornos psicósomáticos, ataques de pánico, estrés, derrumbes en personalidades narcisistas, soledad y desamparo. También las alteraciones de las funciones vitales: anorexia, bulimia, insomnio, perturbaciones de la sexualidad. Y la adicción a variadas formas de “estimulantes”: alcohol y psicofármacos, trabajo, situaciones de riesgo, actividades competitivas, juegos de azar.

Pacientes que vienen a buscar alivio y nos atribuyen la habilidad de encontrar el desperfecto y repararlo, que nos procuran como a un servicio más, concretizando nuestra función hasta hacerla utilitaria. Otros nos homologan a brujas, videntes, gurúes, con quienes muchas veces compartimos el crédito. Algunos, y con la condición de que seamos médicos y si es posible psiquiatras, nos otorgan respeto y obediencia, cual si les administrásemos una receta magistral. Suelen sentirse decepcionados cuando les decimos que no trabajamos de ninguno de esos modos.

En el consultorio nos hallamos enfrentados a las dificultades que presenta analizar a estos pacientes con un encuadre clásico. Nos preguntamos si estamos dispuestos a tratarlos, y qué tenemos para ofrecerles. Y también qué modificaciones permite nuestra técnica sin perder su especificidad y su eficacia. Integrar la red dialogando con otros modelos, expone al psicoanálisis a diluirse y desvirtuarse. Defender sus fronteras lo delimita y protege, pero puede llevarlo a un aislamiento narcisista y a un envejecimiento prematuro.

Cada vez más nos llegan pacientes que han experimentado con otras terapias, y otros que las probarán si este intento fracasa. Quizá sea éste el momento de considerar y evaluar los alcances de las diferentes psicoterapias que se practican actualmente, y sus convergencias y divergencias con la terapia psicoanalítica.

VI. Avances y retrocesos: las otras psicoterapias

“La sugestión es el principio activo de casi toda la medicina. Es aquello mediante lo cual un médico se asegura de que actúe un medicamento. El hipnotismo es un método destinado a brindar una dosis concentrada de sugestión. El psicoanálisis es superior a la hipnosis y habrá de sustituirla [pero] exige un trabajo duro y un estudio prolongado, también una gran conmiseración (sympathy)...”

Donald Winnicott (1919), *El gesto espontáneo*.

La relación terapeuta-paciente, la sugestión y el recurso casi exclusivo a la palabra, son las estrategias comunes a todas las psicoterapias en el tratamiento de las enfermedades psíquicas o somáticas. Sin embargo, en las diversas líneas psicoterapéuticas se encuentran hoy nuestras fronteras más controversiales.

La aparición del psicoanálisis y la coherencia y amplitud de su estructura teórica han llevado a todas las psicoterapias actuales a delinarse con respecto a él. Varias de ellas reconocen su deuda, otras reivindican una dudosa filiación psicoanalítica, otras más se definen por oposición.

Cada corriente psicoterapéutica ha intentado dar respuesta a las dificultades que presenta la práctica del psicoanálisis. Entre éstas, la duración de la cura ha sido unas de las principales inquietudes.

En la actualidad, las psicoterapias se diferencian en tres grandes grupos: las orientaciones conductistas, las humanistas y las psicoanalíticas.

Las psicoterapias del comportamiento han sido ampliadas con el estudio de los procesos cognitivos (pensamientos, imágenes mentales, creencias), sobre los que se intenta operar anticipándose a la conducta. Estas ideas han dado lugar a lo que conocemos hoy como terapias cognitivas.

Por su parte, las psicoterapias humanísticas apuntan al desarrollo del ser y a la búsqueda de sentido. Tienen apoyaturas filosóficas, y muchas de ellas incluyen el trabajo con el cuerpo como un aspecto del desarrollo integral de la persona.

La psicoterapia psicoanalítica, con más o menos acuerdo acerca de sus contornos, conserva los enunciados básicos del psicoanálisis –inconsciente, sexualidad y transferencia–, y se caracteriza por ciertos cambios en la técnica, en particular en el encuadre: tiempo de las sesiones, frecuencia, duración del tratamiento, uso o no del diván, modos de intervención del analista. Dentro de las líneas que hoy estudiamos en las instituciones psicoanalíticas se han venido produciendo también originales aportes a la técnica.

Existen algunos hitos que vale la pena destacar. Ferenczi experimentando con la flexibilización de la técnica y el análisis mutuo (1926, 1928). Winnicott (1964) redimensionando el sentido y el uso del encuadre al modo de una adaptación activa. Ambos autores replantean así los límites de la regla de abstinencia en la clínica de lo traumático (Abadi, 1999). Por su parte, Lacan (1953) propone la innovación técnica de administrar la duración de la sesión.

A su vez, el modelo psicoanalítico aceptado “oficialmente” ha dado cabida a orientaciones que se acercan ideológicamente a las otras corrientes psicoterapéuticas: la psicología del yo, que intenta dar cuenta de una cierta autonomía del yo, aliado del tratamiento y capaz de aprender, emparentada con las inquietudes de la corriente del comportamiento; la psicología del *self*, que postula un sí mismo abarcativo e integrador de las instancias psíquicas y en busca de un sentido vital, a la manera de las corrientes humanísticas.

En la encrucijada de los modelos psicoanalítico, comportamental y humanístico, integrados con teorías psicológicas acerca del funcionamiento somático, filosofía, antropología, sociología y fusiones con corrientes del pensamiento oriental, veremos aparecer más de quinientas escuelas de psicoterapia que poseen instituciones y filiales en todo el mundo, terapeutas que las practican y pacientes que se tratan, y hasta mejoran.

El psicoanálisis clásico, sostenido y avalado en las instituciones oficiales, desconoce, desaprueba o deshereda estas prácticas, preservando su esencia con el fin de mantener la calidad de su método. Esta legítima postura nos expone, sin embargo, a persistir sólo como un referente de alto grado de pureza doctrinaria y a quedar aislados de la clínica actual.

Cura por la palabra y relación terapeuta-paciente son nuestras fronteras compartidas con otras psicoterapias. Allí acaba cualquier semejanza.

Encuadre formal, frecuencia de las sesiones, uso del diván. Sería absurdo que allí se agotara toda diferencia.

Sin duda los rasgos originales del psicoanálisis son la transferencia, la contratransferencia y lo inconsciente; y el modo de acceder a ellos: la atención flotante y la asociación libre.

La psicopatología actual y los desarrollos teóricos de los autores posfreudianos nos incitan a replantearnos nuestra práctica. En la intersección de la nueva metapsicología con la nueva clínica, es la técnica la que se verá interpelada.

VII. En las fronteras de la cura por la palabra

“La palabra une la huella visible con la cosa invisible, con la cosa ausente, con la cosa deseada o temida, como un frágil puente improvisado tendido sobre el vacío. Por eso para mí el uso justo del lenguaje es el que permite acercarse a las cosas (presentes o ausentes) con discreción, atención y cautela, con el respeto hacia aquello que las cosas (presentes o ausentes) comunican sin palabras.”

Italo Calvino (1990), *Seis propuestas para el próximo milenio*.

Protagonista de la experiencia y autor del relato, el paciente inicia una narración que entreteje la cosa y el afecto con las imágenes y las palabras. De trecho en trecho un nudo resiste, ha extraviado la palabra para nombrar lo vivido. Allí es la interpretación la que acude en su auxilio.

Resistencias en la cura, reticencias en la técnica, por momentos la trama se espesa.

De la asociación libre, como apelación al pensamiento fluido y liberador, a la coerción de la regla fundamental de decirlo todo y especialmente aquello que más se siente tentado de callar, el discurso de la libertad es acotado por la prescripción.

De allí a la abstinencia como privación de toda satisfacción sustitutiva que alivie el sufrimiento, induciendo al paciente a esforzarse por colaborar, asociando y confesando, el cerco se va estrechando.

Regla de abstinencia de satisfacción de deseos y necesidades, heredera de la teoría de las pulsiones. Dentro y fuera de la sesión, durante toda la duración del tratamiento. Todo intento de eludirla será considerado *acting out*.

Prudencia y severidad del mandato freudiano que ocultan la secreta ilusión de no equivocarse, al creer que existe una sola respuesta correcta, y el análisis le ayudará a encontrarla. Y que la respuesta ya está allí y sólo es cuestión de descubrirla. En el inconsciente o en el pasado. Otra vez el determinismo.

Claro que parte de la consigna se vuelve impracticable cuando se trata también de los trastornos en el yo y no sólo de las pulsiones.

Si consideramos que el sí mismo se organiza a través de la experiencia, el aprendizaje y las identificaciones, conservando su originalidad y plasticidad, el trastorno del carácter será lo que ha quedado precozmente consolidado e inerte. Tejido psíquico cicatrizal que ha perdido funcionalidad.

Aquí nos encontramos en el más allá de las palabras, en el terreno de las experiencias que nacieron mudas. El trauma, violencia de origen externo que inunda al aparato psíquico de energía libre, genera la soldadura de ciertos grupos representacionales, ligados al momento, a la vivencia afectiva, a la situación, a ciertas percepciones. Invasión que no deja huella utilizable, ya que si bien “grabada a fuego” el único aprendizaje es el del trauma mismo. Ante una nueva experiencia que roza alguno de estos núcleos cristalizados, aparece la compulsión de repetición, inagotable en su monotonía.

La otra consecuencia de lo traumático serán las consolidaciones irreversibles de la estructura caracterológica, producto de los intentos defensivos contra la desintegración.

Estas “alteraciones en el yo” (Freud, 1914) generan formas de transferencia narcisista, fusional o psicótica que en la clínica se expresan de modo urgente y dramático. Los impulsos y las fantasías desbordan sobre el encuadre por la incapacidad del yo de contenerlos y ligarlos. El impacto de los contenidos psíquicos compromete no sólo al encuadre formal, sino también a la mente y el cuerpo del analista en su condición empática y continente. De este modo, lo silencioso en la cura forma par con lo que no tiene palabras en la historia del paciente.

Pero más aún, en el tratamiento de pacientes graves, o en los momentos “graves” de los pacientes neuróticos, la contratransferencia, el funcionamiento mental del analista y el encuadre son los recursos privilegiados para trabajar sobre la estructura psíquica.

Claro que aquí estamos pensando en un encuadre red más que en un encuadre frontera. Es en el contrapunto entre encuadre e interpretación, fondo y figura, en una alternancia que acompaña los movimientos psíquicos del paciente de lo reprimido a lo escindido, de la transferencia edípica a la narcisista, que transita la cura.

Así el trabajo con lo traumático no puede ser pensado desde el paradigma frontera sino desde el de red, ya que la marca del trauma, síntoma, consolidación caracterológica, discurso dogmático, es aquello que ha perdido la multiplicidad, quedando congelado en un solo sentido.

Red tendida entre lo que no tiene palabras y la palabra. Más allá de la interpretación, debe trabajarse tanto sobre lo no representado como sobre las representaciones que quedaron soldadas, para darles la oportunidad de articulaciones inéditas.

Se trata de reconstruir la trama entre mundo interno y mundo externo, cuerpo y psique, inconsciente y preconscious, lo simbolizado y lo potencialmente simbolizable. No se puede esperar encontrar ni el recuerdo reprimido, ni las fantasías prohibidas, tampoco las fijaciones y ansiedades características de las etapas libidinales. En ese estado, paciente y analista se encontrarán con aquello que no está escrito en los libros de psicoanálisis, ni surgió en tratamientos de otros pacientes.

Si el analista se instala en una identidad y una técnica cristalizadas, terminará como rehén de la abstinencia, que para él tomará la consistencia petrificada de la ortodoxia. Encorsetado en una técnica ritualizada, condenado a un comportamiento impostado y artificial, inhibiendo las opciones creativas y originales, tan necesarias a nuestra práctica.

Aquí es donde salud psíquica y creatividad se hacen casi sinónimos. La salud no tiene fronteras, ya que es potencialidad y cambio.

VIII. Apuntes para una metapsicología de la libertad

“Debemos ver que todo ser, incluso el más encerrado en la más banal de las vidas, constituye en sí mismo un cosmos. Lleva en sí sus multiplicidades interiores, sus personalidades virtuales, una infinidad de personajes quiméricos, una poliexistencia en lo real y lo imaginario, el sueño y la vigilia, la obediencia y la trasgresión, lo ostentoso y lo secreto, hormigueos larvarios en sus cavernas y precipicios insondables. Cada uno contiene en sí galaxias de sueños y fantasmas, impulsos insatisfechos de deseos y de amores, abismos de desgracia, inmensidades de indiferencia congelada...”

E. Morin (2002), *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro.*

Los seres, los sistemas y las ideas se nos aparecen hoy con los atributos turbadores del caos, la incertidumbre, lo enmarañado.

Cualquier intento de fragmentar de modo arbitrario lo que se halla inevitablemente intrincado lleva a la mutilación y al empobrecimiento. Por el contrario, pretender unificar lo diverso en estructuras monolíticas regidas por el orden, las certezas y las jerarquías, encamina a la construcción de un sistema reconstitutivo, inerte y totalitario. El terrorismo positivista ha hecho que lo inefable, lo que se define por una ausencia, no tenga derecho a existir o legitimarse.

Entre la precariedad de las fronteras y el vértigo de la red, los psicoanalistas podemos declararnos al borde de un ataque de pánico o decretarnos sin fronteras. Es precisamente en el desconcierto de la subjetividad amenazada donde el psicoanálisis puede reconocerse y hacerse reconocer en su especificidad.

Necesidades satisfechas hasta la anulación en patologías por sobreadaptación al medio, necesidades básicas insatisfechas en la pobreza y la marginalidad, tanto el vacío como lo saturado conllevan la pérdida de las redes. El valor de la palabra viva y el pensamiento creativo y sin prejuicios, el respeto por lo único e irrepetible, son las cosas que no tienen precio y sin las cuales es duro vivir.

Recuperar la condición de lo humano implica la esperanza de ser otro. Y allí se hacen necesarios tanto el sentimiento de libertad como el registro de las cadenas que lo oprimen, de las cuales la más dramática es, sin duda, la enfermedad psíquica.

¿Qué psicoanálisis precisa el hombre de hoy? El mismo de siempre, no en sus ropajes ni apariencias, sino en su identidad. El que en cada época y lugar devela las diferentes formas de opresión privadas y públicas y busca desarticularlas, impidiendo que las estructuras se consoliden sin retorno. El que celebra la diversidad de los seres y las cosas.

El psicoanálisis es ciencia de lo marginal e intérprete de las redes vivas de la intersubjetividad: vínculos afectivos, lazos sociales, trama cultural.

Tanto en la clínica, como en las instituciones, como en nuestras propias experiencias vitales, la alternativa será tolerar la contradicción, la paradoja, la ambigüedad, que son los avatares de lo posible.

La red expresa la complejidad, la multiplicidad, la virtualidad, dejando también lugar para el azar, el encuentro inesperado, las sintonías imprevistas.

El funcionamiento inconsciente, en su inagotable multiplicidad, es la gran red que subtiende todos los procesos creativos. El psicoanálisis aporta a la civilización este paradigma de pensamiento y conocimiento junto con las condiciones únicas del método terapéutico. Provee las herramientas para devolverle vida y actividad a las representaciones y los afectos, desanudar la red y retejerla. Opera ante los riesgos de consolidación patológica de un síntoma, una estructura caracterológica, un sistema de ideas.

Trabajamos en los intersticios, permeabilizando fronteras, restaurando redes, revirtiendo la cristalización mortífera en flujo vital, lo quieto en móvil, lo repetido en inédito, la certeza en creencia, la fortaleza-prisión en fuerza libidinal. Ejercemos la pasión por lo único y la diversidad, que son los otros nombres de la libertad.

Mi libertad se ofende si soy feliz con miedo.

Mi libertad me insiste con lo que no me atrevo.

Mi libertad me quiere con lo que llevo puesto.

*Mi libertad me absuelve si alguna vez la pierdo,
por cosas de la vida que a comprender no acierto.*

Mi libertad me deja y soy un pobre espectro.

Mi libertad me llama y en traje de alas vuelvo.

*Mi libertad es tango que baila en diez mil puertos
y es rock, milonga y salmo, es ópera y flamenco.*

Horacio Ferrer y Astor Piazzolla, *Libertango*

Resumen

Interpelando al paradigma frontera, la autora instala el paradigma red, corriente que atraviesa actualmente variados campos del pensamiento. La red no se propone como una estructura globalizante que neutraliza lo diferente, sino como una integración basada en el mantenimiento de lo plural y sus transformaciones.

La autora transita entre ambos paradigmas en la metapsicología y la clínica psicoanalítica. El concepto de frontera es intrínseco a toda la teoría: represión que separa inconsciente y preconscious, barrera antiestímulos, demarcación en espacios o instancias. Pero el psicoanálisis es a la vez precursor del paradigma de la red, con los conceptos de inconsciente, asociación libre, atención flotante.

Ella destaca que es el psicoanálisis el que en el ámbito del pensamiento científico subvierte la escisión radical entre el sujeto y su objeto de observación, a través de los conceptos de transferencia y contratransferencia, inaugurando una teoría revolucionaria del conocimiento. Esta perspectiva resultará precursora de cambios en otras disciplinas.

Este texto legitima el aporte del psicoanálisis al pensamiento y al conocimiento, así como las potencialidades de un método terapéutico que provee las herramientas para atravesar fronteras, desanudar y tejer redes, operando ante los riesgos de consolidaciones patológicas y manteniendo así su ineludible compromiso con la libertad.

DESCRIPTORES: METAPSICOLOGÍA / PSICOANÁLISIS / CULTURA / PSICOTERAPIAS / LIBERTAD / CURA

Summary

BETWEEN THE FRONTIER AND THE NETWORK: NOTES FOR A METAPSYCHOLOGY OF FREEDOM

The author examines the paradigm of the frontier and encounters the establishment of the paradigm of the network, a tendency that currently runs through diverse fields of thought. The network is not proposed as a globalizing structure that would neutralize what is different, but as integration based on preservation of what is plural and its transformations.

The author moves between these two paradigms in psychoanalytic metapsychology and clinical practice. The concept of frontier is intrinsic to the entire theory: repression, which separates the unconscious from the preconscious, the barrier against stimuli, the delimitation of spaces and agencies. But psychoanalysis is also a precursor of the paradigm of the network, with its concepts of unconscious, free association and evenly suspended attention.

She points out that it is psychoanalysis that, in the area of scientific thought, subverts the radical split between subjects and their objects of observation, through the concepts of transference and countertransference, thus inaugurating a revolutionary theory of knowledge. This perspective can later be seen as a forerunner of changes in other disciplines.

This text legitimizes the contribution of psychoanalysis to thinking and knowledge, as well as the potential of a therapeutic method that provides the tools for crossing frontiers, unknotting and weaving networks, operating in the face of risks of pathological consolidations, thus holding to its unavoidable commitment to freedom.

KEYWORDS: METAPSYCHOLOGY / PSYCHOTHERAPY / PSYCHOANALYTIC TRAINING

Bibliografía

- Abadi, S. (comp.) (1997): *Desarrollos postfreudianos. Escuelas y autores*, Buenos Aires, Ed. De Belgrano, 2001.
- (1999): “Ferenczi-Winnicott: dalla passione terapeutica all’audacia técnica”, en Franco Borgogno (ed.), *La partecipazione affettiva dell’analista. Il contributo di Sandor Ferenczi al pensiero psicoanalitico contemporaneo*, Milán, Franco Angeli, págs. 288-297.
- (2002): “Explorations: getting lost and finding your way in a potential space”, en M. Bertolini *et al.*, *Squiggles and Spaces: Revisiting the work of D. W. Winnicott*, Londres, Karnac Books.
- Aulagnier, P. (1984): *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo*, Buenos Aires, Amorrortu, 1997.
- Baranger, W. y Baranger, M. (1969): *Problemas del campo analítico*, Buenos Aires, Kargieman.
- Baudrillard, J. (1983): *Las estrategias fatales*, Barcelona, Anagrama, 1991.
- Bion, W. R. (1962): “Una teoría del pensamiento”, en *Volviendo a pensar*, Buenos Aires, Hormé. 1990.
- Buñuel, L. (1982): *Mi último suspiro*, Barcelona, Plaza & Janés.
- Calvino, I. (1990): *Seis propuestas para el próximo milenio*, Madrid, Siruela, 1994.
- Duvignaud, J. (1980): *El juego del juego*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Ferenczi, S. (1926): “Contraindicaciones de la técnica activa”, en *Obras completas*, tomo III, Monografías de psicología normal y patológica, Madrid, Espasa Calpe, 1981.
- (1928): “Elasticidad de la técnica psicoanalítica”, en *Obras completas*, tomo IV, Monografías de psicología normal y patológica, Madrid, Espasa Calpe, 1981.
- Freud, S. (1914): “Introducción del narcisismo”, A. E., XIV.
- (1930): *El malestar en la cultura*, A. E., XXI.
- Green, A. (1990): *La nueva clínica psicoanalítica y la teoría de Freud. Aspectos fundamentales de la locura privada*, Buenos Aires, Amorrortu, 1993.
- (1995): *La metapsicología revisitada*, Buenos Aires, Eudeba, 1996.
- Kaës, R. *et al.* (1979): *Crisis, ruptura y superación*, Buenos Aires, Ed. Cinco.
- Kernberg, O. (1995): *Relaciones amorosas. Normalidad y patología*, Buenos Aires, Paidós.
- Klein, M. (1946): “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides”, en *Obras completas, vol. III., Desarrollos en psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós. 1983.
- (1952): “Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del lactante”, en *Obras completas, vol. III., Desarrollos en psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1983.
- Kohut, H. (1971): *Análisis del self. El tratamiento psicoanalítico de los trastornos narcisistas de la personalidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.
- Lacan, J. (1953): *Le Séminaire, livre I, Les Ecrits techniques de Freud (1953-1954)*, París,. Seuil, 1981. [Traducción cast.: *El Seminario. Libro 1, Los escritos técnicos de Freud*, Barcelona, Paidós, 1982.]
- (1956): *Le Séminaire, livre III, Les Psychoses (1955-1956)*, París, Seuil, 1981. [Traducción cast.: *El Seminario. Libro 3, Las psicosis*, Barcelona, Paidós, 1984.]
- Lipovetsky, G. (1992): *El crepúsculo del deber*, Barcelona, Anagrama, 1994.
- Marty, P. y de M’uzan, M. (1963): “El pensamiento operatorio”, *REV. DE PSICOANÁLISIS*, L, 4, 1983, págs. 711-721.
- Morin, E. (1994): *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, Gedisa.
- (2002): *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Piscitelli, A. (2002), *Ciberculturas 2.0*, Buenos Aires, Paidós.
- Prigogine, I. (1998): *El fin de las certidumbres*, Chile, Andrés Bello.
- Sorman, G. (1989): *Los verdaderos pensadores del siglo XX*, Buenos Aires, Atlántida.
- Winnicott, D. W. (1919): “Carta Nº 1”, en R. Rodman (comp.), *El gesto espontáneo. Cartas Escogidas*, Buenos Aires, Paidós, 1990.
- (1953): “Objetos transicionales y fenómenos transicionales”, en *Realidad y juego*, Barcelona, Gedisa, 1992.
- (1962): “La integración del yo en el desarrollo del niño”, en *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*, Buenos Aires, Paidós, 1993.

—(1964): “Importancia del encuadre en el modo de tratar la regresión en psicoanálisis”, en *Exploraciones psicoanalíticas I*, Buenos Aires, Paidós. 1991.

(Este trabajo fue presentado al Comité Editor el 10 de enero de 2003, y ha sido aprobado para su publicación en la REVISTA DE PSICOANÁLISIS el 25 de marzo de 2003.)

*Trabajo (prepublicado) del XLIII Congreso de la IPA.

**Miembro de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Dirección: Parera 62, 7° “21”, (C1014ABB) Ciudad Autónoma de Buenos Aires, R. Argentina.

Correo electrónico: <sonia555@fibertel.com.ar>.